

Ilmos. Sres ...

Ilmo. Sr. Presidente y Directivos de "Langreanos en el mundo".

Señoras y señores

Queridos amigos y familiares:

Querida Any, muchas gracias.

Me siento muy emocionada de ver aquí tantas personas conocidas y queridas, muchas gracias por acompañarnos.

Quiero que mis primeras palabras, y no únicamente porque la preceptiva retórica así lo exija, sean la expresión de mi gratitud a la Asociación, personificada en su Presidente, Don Florentino Martínez Rocés, del que me consta, nos consta a todos que es el alma de esta iniciativa de reunir a aquellos langreanos que por azar, necesidad o voluntad están, estamos, lejos del lugar que nos vio nacer. Quiero darle las gracias por haber pensado en que yo podría decir algo ante ustedes esta tarde. Pienso que es un honor inmerecido.

Mi agradecimiento es extensivo al responsable de que esta Asociación me haya honrado haciéndome miembro de la misma, a Don Juan Luis Iglesias Prada, a Juan Luis, el hermano mayor de mi amiga Juli Mari, casi mi hermano mayor, que se preocupaba de "las pequeñas" en nuestros años de estudiantes en Oviedo y cuya presencia hoy aquí no ha sido posible, si bien lo sentimos cerca, especialmente por esas cálidas palabras que nos acaban de leer y que tanto cariño rezuman hacia mis padres y hacia mí, que tan honda emoción me han provocado.

Quiero expresar mi más sentida gratitud a mi gran amiga Ana M^a Fernández García, Any, a la que el azar en forma de monja dominica me unió en un, ya demasiado lejano, octubre de 1955 al sentarme en el pupitre contiguo a ella. Desde ese momento la he sentido como una hermana con la que he compartido algunas penas que la vida nos da, pero muchas alegrías, muchas horas de estudio, muchas inquietudes y, pese a la distancia, mucha vida y mucho cariño. Y es ese cariño mutuo el que ha dictado sus hiperbólicas palabras de elogio. Ella debería haber estado en mi lugar, pues es una langreana en el mundo, un mundo más cercano sí, porque vive en Gijón, pero sus méritos de trabajadora incansable como Catedrática de Latín alentando

inquietudes e interés por la antigüedad clásica, por la base de nuestra civilización occidental, por los valores que alentaron los griegos y romanos y que son los que deben alentar a esta nueva Europa, son innúmeros y ha dejado su huella en todos los centros de la Enseñanza (antes llamada Media y ahora Secundaria) de fuera de Asturias, pues antes los docentes debíamos recorrer y conocer y hacer amigos por toda la geografía del Estado y eso nos enriquecía; y de nuestra querida tierra, pues pronto recaló por aquí: primero en Luanco, luego en Sama y por último en Gijón, en el Doña Jimena de Gijón, centros de los que ha sido Catedrática, siéndolo todavía de este último. Y continúa enseñando con su sabiduría, con su constante y apacible serenidad y con ese cariño que transmite a todos los que tenemos el privilegio de poder estar cerca de ella.

Para ambas es **MUY FUERTE**, como dirían los jóvenes, estar aquí en La Montera y que no se nos agolpen los recuerdos: Paco tomando café y jugando a las cartas, Lucía que venía a recogerlo para dar un paseín y hacía su tertulia, Pepín el del cura jugando la partida casi todos los días después de comer y los días de fiesta también por la tarde, mientras Obdulia echaba alguna parrafada y tomaba una fanta o una tónica, a veces hasta un cafetín, antes de dar otro paseo o ir al cine o irse a casa. Los vemos ahí ¿verdad Any? La tristeza se mezcla en nuestra memoria y el recuerdo de los buenos días vence. Para mí es un honor hablar en La Montera, el lugar más emblemático de Sama en el que todos los jóvenes iniciábamos, se puede decir, nuestra carrera de danza: sí, normalmente el primer baile era a la vista de nuestros padres y de los amigos de nuestros padres en La Montera. De otro modo no podíamos salir de noche en las fiestas de Santiago y mucho menos en Nochevieja, porque hasta que no había un novio formal y teníamos una edad, debíamos volver a casa, como muy bien decía Joan Manuel Serrat, "Poco antes de que den las diez."

Es difícil para una persona que, como yo, lleva tantos años fuera de la tierra y que no tiene demasiadas raíces familiares ya en ella, volver a este lugar y hablar ante todos ustedes. Pero me siento arropada por mis primos, mi ahijado y los suyos: su madre, mi hermana mayor, sus hermanos y el resto de los suyos, de los míos, en definitiva. Y los amigos, que son la familia que uno

elige, no la que le ha tocado en suerte.

Como decía, en primer lugar se agolpan los recuerdos.

Por otro lado soy presa del pudor de pensar que hay langreanos anónimos, y otros que no lo son tanto, que merecerían, tanto como yo o más, estar en el lugar que yo ocupó hoy y que no lo están, por lo que, repito, a fuerza de ser excesivamente reiterativa, mi gratitud.

Memoria y mito

dice el título, quizás demasiado pretencioso, pero espero que vean que no puedo separar memoria y mito, que las vivencias se mezclan con mi trabajo, que recordar es igual que contar, que narrar, y yo intento recordar por medio de una narración.

Memoria

Cuando me fui de Sama, primero a Oviedo en 1966 y después a Madrid en 1968, emprendía un vuelo sin preocuparme de las ataduras: es difícil poner frenos a las alas de Cupido, decía Ovidio, pero también es difícil poner frenos a las alas de la juventud. Había una tenaz ancora que me sujetaba, sí, dos maravillosos seres que no eran langreanos: yo era la única de mi familia que era samense, o salmerona, pero los tres sentíamos Sama como cuna, patria, puerto, abrigo, a donde yo volvía cada tres meses de vacaciones, a tomar fuerzas de cariño y de tranquilidad. Necesitaba tocar mi suelo de Sama, como Anteo, uno de los seres gigantescos a los que Hércules se enfrentara y al que no pudo vencer hasta que no lo mantuvo en el aire, sin que pudiera tocar con los pies la Tierra, su madre.

Permítanme que comience rindiendo un homenaje a esas dos personas, que eran mi apoyo, a Obdulia, mi madre, y a mi padre, José María, Pepe, Pepín el de la carnicería el cura . Él sí que expandía su langreanía ¿se puede decir así? por doquier , si bien era de Intriago, entre Corao y Mestas de Con, maravillosos pueblines del concejo de Cangas de Onís. Él debería estar aquí hablándoles a ustedes, pues era un langreano entusiasta, que hizo partícipes de su alegría y su carácter enérgico siempre a todos sus amigos desde que se integrara en aquella famosa Peña Ignacio en la que tanto disfrutó; y, cuando ya abandonó esta su tierra, fue "langreano en el mundo" primero en Madrid, en

Majadahonda , después en Murcia y en la Dehesa de Campoamor donde recordaba su Cantábrico, en ese cálido Mediterráneo que le permitió gozar del mar, de nadar sin olas, hasta casi los 90 años y disfrutar de los dos personas que más amaba: su mujer y su hija. Ella, mi madre, silenciosa, atenta a todo, adivinando qué queríamos, qué necesitábamos, calmándonos a ambos, los dos de igual fuerte carácter, y haciendo algo que las super-woman actuales no deberíamos olvidar: cocinando de maravilla y con tiempo para todo tipo de trabajo. Y dando mucho amor y muchas sonrisas incluso cuando apenas nos reconocía, o quizás sí y por eso nos besaba y nos sonreía, me besaba y me sonreía.

Si hoy estoy yo aquí ante ustedes es gracias a ellos , a su generosidad sin límites, por saber ser los mejores padres, por darme la libertad de elegir en unos tiempos en los que la palabra libertad se decía en voz baja, por sufrir la separación que supone estar estudiando en Madrid, terrible, enorme, sobre todo cuando es tu única hija la que se va a estudiar tan lejos y una cosa tan distante y distinta de la vida que ellos llevaban: nada menos que Filología Clásica, nada menos que Latín y Griego.

Sin embargo, la Filología, es decir el amor a la palabra, es curioso me lo inculcó mi padre que me enseñó a leer, a descifrar aquellos signos que abrían todo un mundo de posibilidades de comprensión del mundo, y no sabía, no sabíamos que me estaba inculcando también el amor a los mitos, pues los cuentos pertenecen a ese mundo de la ficción que tienen mucho en común con los mitos.

Pero nadie me aclaraba, pues me daba reparo preguntarlo, lo que ocurría con esos carteles anunciadores que los niños pequeños leemos en voz alta o en voz baja, o mejor leíamos, en las tiendas de nuestro pueblo. En la Plaza Los Chorizos había un cartel que decía "Casa Marino. Ultramarinos", pero detrás de la Plaza de Abastos había otro letrero "Casa Manolo. Ultramarinos"; no era lógico: la ecuación era sencilla para un niño de 5 años: marino es a ultramarinos como manolo es a ultramanolos; pero claro ¿alguién nos había explicado qué eran los ultramarinos y por qué La Panera era un almacén de coloniales? No. Creo que ya iba para filóloga entonces y me gustaba hacer

juegos con las palabras.

Mas volvamos a la filología, cuando mi padre, casi cada noche, inventaba cuentos para mí, relatos sencillos de pajarillos que rozaban las ventanas con su pico porque el frío de la noche los empujaba a buscar resguardo, ni él sabía, ni yo tampoco entonces y pasarían muchos años aún , que Virgilio hablaba de cómo al caer la tarde o cómo con la llegada del invierno bajan de los montes las aves a refugiarse en lugares abrigados (*Georg.* 4. 473-474); como tampoco sabíamos los niños que, cuando nos llevaban de paseo al hermoso Parque Dorado de apiñados árboles, con sus fuentes, sus patos, palomas y otros pajarillos, íbamos a un *locus amoenus*. Ese conocimiento llegaría después. El amor a la palabra seguiría incrementándose en el Colegio de las Dominicas, gracias a filólogas como la Hermana M^a Rita y también D. Manuel Fueyo, y el amor por conocer nuestro pasado, remoto claro está, del inmediato nada, lo alentaba D^a María Cristina y el deseo de poder comunicarnos en otras lenguas la querida D^a Sabina que me hizo primero amante de la lengua de Verlaine y, ya en La Felguera, también de la de Homero, pues del conocimiento de ambas era maestra.

El Parque, los paseos por Les Pieces, el color, el olor, la música. Todo eso está en mi memoria. Y todas mis amigas del colegio a las que dediqué buena parte de las líneas que escribí para el Centenario del Colegio de Nuestra Señora del Rosario.

Yo no sabía que desde niña, desde muy niña, conocía la obra del gran maestro Rimsky Korsakov y sí, su *Sherezade* era sintonía de uno de los momentos más esperados: las fiestas de Navidad y de Reyes. Si la memoria no me falla, y es posible que lo haga, en Radio Langreo de la Cadena Azul de Radiodifusión (era lo que teníamos en Sama) se anunciaba la llegada del enviado de los reyes, el Príncipe Aliatar, con compases de *Sherezade*. Tampoco sabía que en Radio Oviedo, creo que era, en un programa que se llamaba "Y más al norte está Gijón" la sintonía era el *Asturias* de Albéniz. ¡Cuántas cosas aprendíamos sin saber que estábamos llenándonos de cultura musical y de otro tipo! Una cultura musical que nos proporcionaba el gran D. Ángel Curto, magistral director de la Banda Musical de Sama y sus conciertos los jueves y

domingos en el quiosco del parque, o su hijo Jesús que, con su infinita paciencia, dirigía el Coro parroquial, en el que admitieron, con gran generosidad, a unas cuantas pipiolinas del colegio a cantar con el auténtico coro parroquial.

Olores: yo pensaba que Sama no olía a nada (salvo el olor de los embutidos de la Carnicería el cura), era Sama y en el parque había flores que exhalaban aromas en primavera. Luego supe que había olor a hollín, a carbón y a fábrica. Cuando volví a Sama después de mi primera salida fuera de Asturias, allá por 1958, sentí que había ese olor a hollín y a carbón que era indisoluble del color de su río y de sus fachadas.

Hablando de olores, nunca asocié el olor a azufre a olor a infierno, cuando leíamos en todas partes tal asociación. Era imposible: la fuente de Lada olía a huevo podrido, pero decían que el agua era saludable y el paseo hasta allá era una delicia, era una excursión a un mundo distinto. Lo único malo era que te hicieran beber de aquella agua que decían que no sabía, pero cuyo sabor no podías divorciar de su olor.

Pero lo que siempre supe, siempre supimos todos, era que vivíamos en un lugar un poco negro, pero de gente que se esforzaba en todo, que trabajaba, que luchaba y que se ayudaba.

Sabíamos que por nuestra querida Sama fluía el río mayor de Asturias, pero lo que bajaba por él eran unas aguas negras, unas aguas demasiado negras y a veces todavía más negras y no sólo de carbón sino de pena y de lágrimas.

La percepción que teníamos de Sama era la de un lugar tranquilo, donde se alcanza la paz y el sosiego, y luego lo confirmaron con sus estudios de toponimia mis dos amigos Emiliano Fernández Vallina (1989), samense y filólogo, y Martín Sevilla (no samense pero indoeuropeísta, 2000-2001), quienes atribuyen un origen hidronímico al topónimo. Sama designa el lugar por donde fluye un río tranquilo, sería algo así como "el río tranquilo" de los ríos en cuyas orillas se asienta.

Sabía yo de niña que vivía en un valle, pero hasta mucho tiempo después no me aclaró, no nos aclaró, pues para mí es definitiva su conclusión, mi colega y amigo Emilio Nieto Ballester, en su *Breve Diccionario de topónimos españoles*

(Madrid Alianza, 1997) que el topónimo *Langreo* derivaría de una forma prerromana **lankaretu* o **langaretu*, cuya base **lanka*, de origen celta, está bien identificada con el significado de 'lecho de un río', 'hondonada', 'valle', a la que se le añadiría el sufijo latino *-etum* de cantidad, por lo que *Lankaretum* tendría un significado más general que haría referencia a la abundancia de aguas; un término que con la consiguiente evolución fonética del sufijo *-etum*, a *-edo* y luego a *-eo* habría evolucionado de *Langaretum* a *Langreo*. ¡Qué cosas enseña la filología!

Dicen que los olores son contenedores de recuerdos, pues claro que sí, pero también lo son los colores. El color de Sama era oscuro, pero de repente surgía un día blanco de nieve y de cielo azul, luego una primavera que llenaba de flores el patio del colegio, sí digo bien el patio del colegio, pues, como ya escribí en otra ocasión, tuve la enorme suerte de pertenecer a una generación que como patio de colegio tenía uno muy particular: el Parque Dorado. Las rosas y los pensamientos, sobre todo los pensamientos que metíamos en los libros, es lo que más recuerdo de los días de mi infancia. Y también las flores de los magnolios, especialmente las del chalé de los Pumariño en la Calle, ¿cómo se llamaba esa calle?, siempre fue para nosotros la Calle la Gandinga; yo había nacido en la de José Bernardo (como mi amigo Emiliano, incluso en la misma casa) y tenía que atravesar esa calle, la Alfredo Pumariño, para ir a misa o a la tienda o al parque o a pasear a la Calle Dorado.

La llegada de la primavera era, yo tampoco lo sabía de niña, la que el gran Horacio cantara (4.7, 1-4):

"Se fueron las nieves, ya vuelven a los campos las hierbas y a los árboles su follaje; cambia la tierra de aspecto y los ríos al bajar su caudal abandonan sus orillas"

Después, confundido con la primavera llegaba el verano con su tibio sol y sus muchas lluvias y sus inundaciones en la Carretera General, hoy Avenida de la Constitución, y entonces Calle del Generalísimo. El suave otoño con un parque rojizo y con olor a tierra, hierba y hojarasca mojadas nos devolvía al colegio.

Recuerdo también otro color: el gris que orlaba de vez en cuando las aceras de la Calle Dorado y que percibía acompañado de un enorme silencio,

sobrecogedor, algo que me causaba un cierto miedo y no sabía muy bien por qué. Mejor no saberlo. Muchas veces venía precedido de un gran ruido de sirenas de los Pozos Fondón o Modesta o del Pozo María Luisa y de repente en unos días la Calle Dorado estaba vacía: aquellos vehículos habían desaparecido. Tardé mucho en saber qué era y por qué sucedía. Luego supe que en los años 1957 y siguientes hubo huelgas en la minería y una gran represión; pero en 1957 yo sólo me preocupaba de la Primera Comunión y de eso era lo único que se comentaba. No voy a hablar del cordero que rifaba Don Dimas el día de las comuniones, y mucho menos del rifado en 1957, el pudor, la vergüenza por haber ganado el premio sellan mi boca. Pero, ¡ea! ya lo he dicho.

Volviendo a lo que nos sustentaba, a la mina, pocas noticias directas tenía de ella: sabía que era un lugar profundo, un trabajo durísimo, que mi abuelo, al que nunca llegué a conocer (pues murió en guerra), había sido minero en la zona de Cangas de Onís; sabía que había algo muy peligroso que se llamaba grisú y que, cuando había una explosión de eso, se oían sirenas de bomberos y ambulancias y mucha pena y mucho dolor y se hablaba de los pobres que habían perdido la vida como consecuencia de aquel gas.

Pero sí que comprendía que la riqueza de la cuenca se debía al esfuerzo de unos hombres que se jugaban la vida. Muchos años más tarde saltó la mina a mi recuerdo, cuando traducía un precioso fragmento de Ferécates, comediógrafo griego del s. V, de su comedia *Los Mineros*, en cuyos versos, al describir qué extraían sus mineros de las minas en la edad de oro, yo veía que se aunaban el subsuelo de mi tierra y los embutidos de la Carnicería "El Cura" y los pescados y frutas de la plaza, pues decía entre otras cosas, lo siguiente:

"Todas aquellas cosas (que había en la mina) estaban mezcladas con la riqueza y forjadas de todas las maneras con bienes de todo tipo. Pues los ríos, llenos de gachas y espeso caldo corrían en murmullos a través de canales con sus trozos de pan usados como cucharas, de suerte que fácil y espontáneamente se esparcía garganta abajo de los muertos. Por los ríos corrían, en lugar de guijarros, morcillas y chirriantes trozos de embutido. Había pedazos de pescado asados, preparados con salsas de todo tipo, truchas asadas preparadas para ser hervidas de nuevo volaban alrededor de nuestra boca deseando que las tragásemos esparcidos bajo los mirtos y anémonas. Las manzanas, las más hermosas de las hermosas de ver, colgaban sobre nuestra cabeza sin ser

engendradas por nada.”

Desde luego, si las manzanas eran las más hermosas de las hermosas de ver, por fuerza debían tratarse de manzanas asturianas.

En mi memoria guardo de mi niñez olores, colores, sabores, pero sobre todo un cariño por las gentes de mi calle, de esa gran familia que había en torno a la carnicería. Ése era para mí el gran patrimonio humano de Sama, aunque no pudiera denominarlo así entonces, no supiera. No me gustaría dejar a nadie en el tintero, pero quiero recordar, sin que el orden sea significativo, a aquellas personas que formaban parte de mi infancia: a Ceferino Sanfrechoso y a toda su familia (recuerdo a su madre D^a Rosario en mi primera Comunión), a D. Vicente Mateo y a la suya, a los de la Farmacia de D. Luis con Ramón al frente, a Chuchi el de la farmacia y a los suyos, a Tanis y a Manolo de la mercería, la confitería de Chon, a los fruteros, Marcelo y a Dolores, a Joselín y su familia (aún permanece en mi recuerdo María, su madre), a los de la La Panera, a Susi Cuesta y familia, a los de Casa Marino y la ferretería de Pín y a los vecinos colindantes: los de la Confitería Aurina (Aurina, Adenso y Albina) y a los del estanco. ¡Cuántos se han ido! Los más recientes Pepita, Joselín e Ita, Itina como la llamaba mamá. Todos a una luchaban por mantener un comercio boyante, por salir adelante. Allí entre ellos, en mi niñez aprendí algo que luego mi maestro Ruiz de Elvira me enseñaría en vocablos latinos: “el trabajo sin límites todo lo puede y la necesidad que apremia en los momentos difíciles”. Era la gran máxima de Virgilio en sus *Geórgicas*.

Hoy ese principio de esfuerzo y superación mediante el trabajo constituye el eslabón entre la memoria y el mito. Ese trabajo constante, ese superarse en cada momento propugnado por el más grande poeta de la Literatura Universal, era el mismo que yo había visto en mi pueblo y el que mis padres alentaban en mí: una gota de agua que cae de modo incesante puede llegar a horadar un hierro, decía mi padre, y me animaba al estudio.

Y, con ese bagaje llego al mito. La suerte, el kairós que dicen los griegos, la divina providencia de los creyentes, determina que Any y yo iniciemos Filosofía y Letras en Oviedo y que nos vayamos a Madrid a estudiar algo que no tiene nada de crematístico, que no sirve para nada, que son lenguas muertas.

Pero sé que ustedes, como nosotras, no lo valoran de ese modo.

De niños leíamos los cuentos de Calleja, las niñas también los de azucena, no hablo de tebeos, pues no vienen al caso, y de ahí era fácil llegar a la mitología clásica, griega y romana: estábamos predispuestas. En el intermedio había algo que constituía un importante eslabón: la Historia Sagrada, ese compendio del Antiguo Testamento que, junto con los mitos clásicos, nos ha dotado de un conocimiento imprescindible para gustar de las más diversas manifestaciones artísticas (literarias, plásticas, musicales, etc.).

La guerra de Troya, los viajes de Ulises, los viajes de Eneas, los grandes héroes y heroínas del teatro, todo eso estaba dentro de esas lenguas muertas, que siguen igual de vivas, pues las seguimos hablando y seguimos dependiendo de los logros de los hombres, y también mujeres, que las tenían como vehículo de comunicación y que nos han legado algunas de las mejores páginas de la Literatura Universal.

Mito

El mito es palabra, el mito en el mundo romano es fábula, es aquello que se dice. Y para mí uno de los que mejor lo dice es el poeta al que yo considero mi gran amor legal ese poeta que nació en Sulmona, muy cerca de Roma, y que murió relegado en la inhóspita Tomi, la actual Constanza en Rumanía, Publio Ovidio Nasón, cuya gran obra las *Metamorfosis* tantas alegrías me ha procurado desde que nuestro maestro, el Profesor Ruiz de Elvira, con un gran amor por las palabras del poeta nos hiciera gustar de sus versos en el lejano 1968 del siglo pasado, no en mayo del 68, sino en octubre de ese emblemático año. Uno de los placeres que ese gran poema me ha proporcionado ha sido traducirlas, anotarlas, estudiarlas y seguir investigando sobre ellas en colaboración con Rosa. Uno más de los múltiples trabajos que sobre mito hemos abordado juntas y llevado a buen término. Y en este caso la responsable de ese trabajo fue otra gran maestra de la Filología Latina: Carmen Codoñer, nuestra primera profesora de Latín en la Universidad de Oviedo allá por 1966, la primera mujer Catedrática de *Filología Clásica* de España. Ella nos encargó su traducción para Ediciones Cátedra y ya vamos por la 10ª edición.

Del mito, del mito hecho poema, porque estoy firmemente convencida de

que en las *Metamorfosis* el mito se hizo poesía, voy a contarles algo, voy a recordar, voy a narrar. A lo largo de los 12.500 versos de las *Metamorfosis* el amor es uno de los temas recurrentes y el amor es parte fundamental de nuestras vidas; por eso voy a hablar de tres pasajes que tratan de amor y vida y que no son conocidos antes de Ovidio y que han tenido un enorme eco en la tradición literaria posterior. Pertenecen a tres etapas distintas de la vida humana el amor en la primera juventud, el fruto del amor que es el nacimiento de un hijo y el amor en la ancianidad. De estos tres relatos, dos están puestos por Ovidio en boca de una mujer y el último lo refiere un comensal en un banquete.

Ovidio pone en boca de unas mujeres. que distraen su tiempo narrando historias, una leyenda no conocida antes de él, es decir desconocida antes del s. I a. C., y que, sin embargo, cuando leemos la síntesis de la leyenda sin dar los nombres de sus protagonistas, todos creemos que es obra de un autor de un tiempo muy posterior. Son dos jóvenes pertenecientes a familias enemistadas, que tienen dificultades para poder relacionarse, que pese a todo se enamoran, que deciden tener un encuentro secreto y unirse a escondidas y debido a un malentendido ambos mueren. Tal resumen podría ser el de *Romeo y Julieta*, pero no lo es, pertenece al relato de las *Metamorfosis* que sirvió de inspiración a Shakespeare: la historia de Píramo y Tisbe. Se trata de una leyenda exótica, de ambiente oriental, que se desarrolla en Babilonia, y que Ovidio, sin duda, concibió como si de una tragedia se tratara.

Al contrario que ocurre con *Romeo y Julieta*, estos jóvenes no se han ven y tan sólo pueden comunicarse a través de una rendija de la pared:

“Celosa pared”, decían, “¿por qué eres un obstáculo para los enamorados? ¿Qué dificultad había en que nos permitieras unirnos con todo nuestro cuerpo, o, si esto es excesivo, que te abrieras para besarnos? Y no somos desagradecidos: confesamos que te debemos que se haya concedido un paso para las palabras hasta los oídos de los amantes.”

Deciden unirse y se citan de noche, fuera de las murallas de la ciudad, junto a la tumba del antiguo rey

“y ocultarse bajo la sombra del árbol: había allí un árbol cargado de frutos blancos como la nieve, un alto moral, muy cerca de una fresquísima fuente.”

* Llega la primera Tisbe al lugar de la cita, huye ante la visión de una leona de fauces ensangrentadas, tras una matanza, y en la huida pierde el velo que la leona desgarró a su paso; más tarde acude Píramo y, engañado por el velo roto y lleno de sangre de su amada, se considera culpable de la muerte de la joven y se suicida y ocurre que:

“Los frutos del árbol, con el rociado de la herida, adoptan un aspecto negro y la raíz, humedecida por la sangre, tiñe de color púrpura las moras que cuelgan.”

Tisbe, que había escapado del fiero animal, regresa y, al reconocer en el suelo al moribundo enamorado, intenta hacerlo volver a la vida, pero él tan sólo puede abrir los ojos para mirarla; ella comprende entonces que su amado la había creído muerta al ver su velo ensangrentado y desgarrado y también ella decide morir, clavándose la misma espada con la que Píramo se había dado muerte:

‘Píramo, ¿qué desgracia te ha arrancado de mí? ¡Píramo, responde! Te llama, querido mío, tu Tisbe: óyeme y levanta tu rostro que yace en tierra!’ Al nombre de Tisbe, Píramo elevó sus ojos pesados ya por la muerte y, al verla, los cerró. Ella, tras haber reconocido su velo y ver el marfil libre de espada, dice: ‘¡Tu mano y tu amor te han perdido, desgraciado! También yo tengo una fuerte mano para esto solo, también yo tengo amor: él me dará fuerzas para herirme. Te seguiré en la muerte; y tú, que, ¡ay!, sólo con la muerte podías ser apartado de mí, no podrás ser apartado con la muerte.

Pero además la joven Tisbe, antes de lanzarse contra la espada de su amado Píramo, suplica a sus padres y a los dioses que no los separen tras la muerte y pide que el árbol de niveos frutos, bajo el cual habían acordado reunirse, cambie el color blanco por el negro; unas súplicas que surten efecto:

Desgraciados padres mío y de aquél, que a quienes ha unido un certero amor, a quienes la última hora, no les quitéis ser enterrados juntos en la misma tumba. ... Tras haber dispuesto la punta bajo su pecho, se lanzó sobre la espada, que todavía estaba tibia de muerte. ... Sus súplicas alcanzaron a los dioses, alcanzaron a los padres: pues el color es negro en el fruto cuando madura y lo que queda de sus piras descansa en una sola urna.”

Este relato se ha convertido en la más vívida inspiración, como decía, de una de las más grandes tragedias de todos los tiempos, *Romeo y Julieta* de Shakespeare, pero, además, tiene su propio valor dentro de las *Metamorfosis* ya que constituye el primer ejemplo de jóvenes enamorados que desea convertirse

en pareja estable, es la primera leyenda del poema en la que ambos protagonistas son humanos, y es la primera leyenda referida por un narrador que es mujer; un grupo de mujeres que se entretienen contando leyendas de todo tipo y entre ellas, precisamente, este bellissimo precedente de Romeo y Julieta.

La joven recuerda, narra, y los lectores de Ovidio recordamos que en las tardes de estío muchas mujeres se reunían para coser o contar historias, lo hemos presenciado algunos, otros lo han visto en el cine; la costumbre lamentablemente ha desaparecido, en el mejor de los casos sustituida por alguna película o serie o telenovela, en el peor por la telebasura que nos invade.

Es muy importante que llame la atención sobre esta gran particularidad de una mujer narradora, pues hay que tener en consideración la importancia que tiene que un autor romano del s. I considerase cultas a las mujeres; él sabía que eran capaces de conocer historias varias, incluso de países lejanos como Babilonia o Asiria, lugar en el que se desarrolla esta leyenda. Igual de importante es que sepamos que la mayoría de las leyendas de este gran poema están narradas por mujeres que o bien las cuentan o bien las tejen o bordan.

Si estos dos enamorados hubieran podido llevar a buen término su amor, sin duda habrían sido padres; pero no fue así. Pero Ovidio narra también escenas de vida, de nacimiento no de muerte, como la que les quiero recordar. También es una historia de mujeres, que es contada por una mujer mayor que recuerda las dificultades de su parto a una joven encinta que está a punto de dar a luz. Tiene la palabra Alcmena, la madre del gran Hércules, hijo también de Júpiter, el héroe que tuvo que llevar a cabo los 12 trabajos que le fueron impuestos por la diosa Juno, esposa del dios, que odiaba al hijo bastardo de su marido. Alcmena recuerda, es decir narra, cómo la celosa Juno, la esposa del gran Júpiter, persigue al más importante de los hijos nacidos de un adulterio de su marido, a Hércules, incluso desde antes de nacer, hasta el punto que con sus poderes Juno intenta evitar el parto, lo que sin duda conllevaría la muerte de madre e hijo. Comienza Alcmena su relato recordando que :

“Cuando ya se acercaba el nacimiento de Hércules, el sufridor de trabajos, el

peso me tensaba el vientre y lo que llevaba era tan grande que podías decir que Júpiter era el responsable de la carga oculta y ya no podía soportar por más tiempo los dolores.”

Como cualquier parturienta pide ayuda a la diosa de las que van a dar a luz, llamada por ello Lucina:

“Yo, angustiada, durante siete noches y otros tantos días agobiada por el mal y tendiendo al cielo mis brazos, invocaba con grandes gritos a Lucina. Ciertamente ella vino, pero, corrompida de antemano, quería entregar como un regalo mi cabeza a la hostil Juno”

Y es que la dañina Juno la había sentado en la puerta de la casa haciendo que rodease con sus manos sus rodillas, de manera que esta postura sirviera para impedir la salida del niño del cuerpo de la madre:

“Y, cuando oyó mis gemidos, se sentó en ese altar ante la puerta y, oprimiendo la rodilla izquierda con su rodilla derecha y con los dedos unidos entre sí como un peine, detuvo el parto”.

Pero Alcmena tuvo suerte, pues, como la mayoría de los niños de Sama de muchas generaciones tuvo a su particular Gloria. ¡Cuántas veces hemos oído del bien hacer de nuestra querida Gloria que nos ayudó a venir al mundo, burlando en ocasiones a la misma Parca que rodeaba a las madres y a los pequeños seres que querían ver la luz!

La Gloria de Alcmena ayudaba con otros medios y no se había formado en la Universidad de Salamanca, como la nuestra, una mujer pionera. En la antigüedad el trabajo de partera lo desempeñaba en las casas de los poderosos una de las criadas de la casa. Y así cuenta la madre del gran héroe la hazaña:

“Estaba presente una de mis siervas, Galántide de rubia cabellera, diligente en cumplir mis órdenes, muy querida por sus servicios. Se dio cuenta ella de que pasaba no sé qué cosa por obra de la hostil Juno y, mientras sale y entra a menudo por la puerta, ve a la diosa que está sentada en el altar y que tiene los brazos enlazados con los dedos en las rodillas y dice

: ‘¡Tú, quienquiera que seas, felicita a mi ama! La argólide Alcmena está libre de su carga y recién parida ha conseguido su deseo.’

La diosa dueña del útero dio un salto y, espantada, soltó las manos que tenía unidas. Una vez sueltas las ataduras, yo misma me libero de mi carga.”

En nuestra vida real, cuando se soltaban las ataduras, llegaba la felicidad

compartida entre padres, madre y Gloria. En el mito la felicidad de la madre se ve enturbiada por el castigo que sufre su osada sierva, por atreverse a desafiar a los dioses:

“Se cuenta que Galántide se rió tras haber engañado a la divinidad; mientras reía la arrastró la cruel diosa cogiéndola de los mismos cabellos y, al querer levantar su cuerpo de la tierra, se lo impidió y cambió sus brazos en patitas delanteras. Permanece su antigua diligencia y la espalda no ha perdido su color; su figura es distinta de la anterior. Y, dado que ella había ayudado a la parturienta con boca mentirosa, pare por la boca y habita en mi casa igual que antes.”

En el mito se convierte en comadreja. Pero el mito es palabra, es relato, pero no realidad.

A nuestro querido Ovidio se le tilda de lascivo, porque además de haber escrito una obra en la que muestra todos los preceptos del amor, su *Arte de amar*, en las *Metamorfosis* cuenta muchos amores de dioses o entre dioses y mortales, narra acosos y adulterios, pero también podemos ver que uno de sus temas preferidos es el amor estable, el amor de parejas jóvenes que desean llegar a viejos juntos, el amor conyugal, el amor que perdura más allá de la muerte, lo que tiene su culminación en mitad del poema.

Ese amor que perdura más allá de la muerte lo he dejado para el final. Lo encontramos en el centro geométrico de las *Metamorfosis*. Es el episodio de Filemón y Baucis, una bellísima historia de amor en la ancianidad, una exaltación de la vida humilde y de respeto para con los dioses que tiene su recompensa, una leyenda totalmente original de Ovidio con temas y motivos tradicionales y que tiene paralelismos en otras literaturas. El poeta pone en esta ocasión el relato en boca de un comensal de un banquete, algo que pertenece sin duda al acervo común de todas las culturas, pues siempre que nos reunimos ante una mesa hay algo que recordar y contar a los que comparten ese momento con nosotros.

Los protagonistas de la leyenda son dos ancianos que viven en una humilde cabaña y que reciben la visita de dos extraños, que resultan ser dos divinidades: Júpiter y Mercurio, a quienes no se había dado acogida en ninguna casa del entorno; con su sentido de la hospitalidad los dos ancianos acogen en su modesta casa a los huéspedes ofreciéndoles rápidamente un asiento,

preparan el fuego en el que calientan el agua para que los extranjeros relajen sus miembros y en ese fuego ponen a cocer los escasos alimentos que van a compartir:

“Baucis, servicial, coloca sobre el asiento una ruda tela, y apartó la tibia ceniza en el fogón, aviva el fuego del día anterior y lo alimenta con hoja y corteza seca y con su soplo de anciana produce llamas, y bajó del techo ramificadas antorchas y secas ramitas y las hizo astillas y las acercó a un pequeño caldero de bronce, y despojó de sus hojas una verdura que su marido había recogido del regado huerto; ella coge con una horquilla de dos puntas un lomo de cerdo ahumado que colgaba de una negra viga y de ese lomo conservado durante bastante tiempo corta un trozo pequeño y, una vez cortado, lo ablanda en agua hirviendo.”

Preparan una frugal comida con los platos propios de la comida romana: además del vino, aceitunas, hortalizas, queso fresco y huevos, después el plato caliente y como postre, higos, ciruelas, manzanas, dátiles, lo que hoy llamaríamos una auténtica dieta mediterránea. Cuando los dos viejecitos perciben que no se agota el vino (algo que sin duda nos recuerda lo ocurrido en las bodas de Canaán del Evangelio de San Juan), reparan en que sus invitados son dioses (el lector lo sabe desde el principio) y están dispuestos a quedarse sin su único patrimonio: su ganso, guardián de la pequeña granja, para inmolárselo a los dioses; pero el ganso revolotea hasta refugiarse entre las divinidades que impiden se le dé muerte.

El final de este episodio demuestra que el profundo, sosegado e imperecedero amor de esta pareja les permite estar contentos con poco, compartir sus míseros bienes con sus semejantes y ser respetuosos para con los dioses, pues aceptan su pobreza con tal de no separarse jamás el uno del otro. Es un tipo de amor al que Ovidio ha hecho alusión a lo largo del poema y es el mismo amor al que aspiraban Píramo y Tisbe, cuya relación con estos ancianos está marcada por el protagonismo de árboles en la metamorfosis que supone la culminación del episodio: el moral, en el caso de los jóvenes babilonios, y las dos copas con un solo tronco en el caso de los viejecitos, que, aunque ya habían visto premiada su hospitalidad con la conversión de su humilde cabaña en un templo del que ellos serían los guardianes, habían pedido también no morir el uno antes que el otro, deseo que se cumple pasado un

tiempo:

“Agotados por los años y por la edad, cuando estaban un día casualmente ante los sagrados escalones y narraban sucesos del lugar, Baucis vio que a Filemón le salían ramas, el anciano Filemón que le salían ramas a Baucis. Y al crecer la copa sobre los rostros de los dos, mientras les fue posible se decían mutuamente: ‘Adiós, cónyuge mío’, y lo dijeron a la vez, a la vez una corteza ocultó cubriéndolos sus rostros; todavía los habitantes de Bitinia muestran allí dos troncos vecinos que salen de un doble cuerpo”

La belleza del relato y la emoción que causa en el propio narrador, comensal del banquete recordemos, es la que sin duda provocaba en Ovidio que culmina el episodio del modo siguiente:

“Esto me narraron a mí ancianos no frívolos (y no había motivo de por qué iban a querer engañar); ciertamente yo vi. Guirnaldas que colgaban de las ramas.”

Dejemos a estos guardianes de los templos mutados en árbol, pero recordemos que junto con el respeto a sus semejantes está su amor, un tipo de amor que Ovidio, aquel *cantor de los tiernos amores*, respeta, ensalza y canta por encima de todo.

Un tipo de amor al que todos aspiramos y que muchos habéis tenido la suerte de disfrutar, otros hemos podido verlo en nuestros seres queridos, un amor que del que yo he sido testigo en dos personas que llegaron a la vejez juntos y a los que desde este lugar, con el permiso de todos ustedes, quiero dedicar estas palabras.

Muchas gracias queridos amigos.